

A mí nunca me compraron un perro.

Si tuviera uno, ahora me defendería.

Durante mucho tiempo fue lo único que les pedí. No quería regalos, ni la bici, que tenía que compartir con Tania, ni tampoco me interesaban los parques de atracciones, en los que me aburría. Regresábamos a casa con las mejillas quemadas por el sol y con dolor de cabeza, un globo desinflado, y algún peluche tonto de recuerdo. Tengo trece años. Hace mucho que dejaron de interesarme los peluches.

Ellos me contaban excusas cada vez más nuevas y sofisticadas. Primero intentaron convencerme de que un perro no sería feliz en nuestro piso. Necesitaban espacio, aire, luz. Entonces reduje el tamaño del perro hasta el límite, pequeño, muy pequeño. Un yorkshire, un bichón maltés. Luego me hablaron de la responsabilidad, de la esclavitud que suponían los paseos. Aguardé con paciencia hasta cumplir los diez años y a que me dieran la llave de casa, y me dejaran ir y regresar sola del colegio. Ya era responsable. Pero en ese momento, mamá se quedó callada, y dijo que Tania era alérgica a los animales. Siempre Tania.

Papá regresó de trabajar al día siguiente con una pecera en una bolsa y un pecesito rojo en otra. Estaba muy contento, como iluminado por dentro, pero creo que en esta ocasión no había bebido. Cuando volcamos el pez y el agua en el globo de cristal, el pez era diminuto. No medía más que mi dedo meñique. Tania agitó el agua con una cuchara, y yo la pellizqué. Me miró, sorprendida, y yo me sentí un poco mejor cuando vi que se frotaba el brazo dolorido.

Me sentí mucho mejor.

El pez no nos duró demasiado tiempo. Apareció muerto, flotando de costado, sobre las vasijas romanas de plástico que adornaban el fondo de la pecera. No llegaron a saberlo, pero eché una pizca de azúcar al agua. No me gustaba aquel pez, con sus bobos ojos atónitos. Tania se echó a llorar, y estuvo triste toda la semana, hasta que mamá retiró la pecera vacía de la cocina, y decidió que, dado el disgusto que nos causaba, no habría más peces.

A mamá nunca le han gustado los animales.

Ah, las plantas sí. En casa hay plantas en todas las habitaciones, incluso en la nuestra; las sacamos durante la noche, porque nos roban el oxígeno. Tenemos geranios con flores rojas, plantas de interior con hojas gruesas y que parecen empapadas en aceite, tanto brillan, enredaderas y potos que se columpian sobre las estanterías. El orgullo de mamá es una palmera enana que custodia el salón. Comenzó siendo de la estatura de Tania, y ahora casi roza el techo. Ah, sí, de plantas háblale todo lo que quieras. Pero a mí me niega un perrito pequeño, casi invisible, que me haría tan feliz.

A veces, por la noche, aprieto los dientes y escucho la respiración de Tania. Siento tanta cólera hacia el mundo, me pongo tan furiosa por cualquier razón que, si nadie lo supiera, si no me sorprendieran, sería capaz de hacer cosas terribles. Me miro al espejo y no me gusta lo que veo. Soy demasiado alta, demasiado grande. Estoy gorda, no tengo cintura ni pecho. Si me cortara el pelo, parecería un chico. Me parezco a papá, no a mamá: espero no parecerme en todo a él.

Me dicen que él era brillante en el colegio. La abuela tiene tendencia a exagerar, pero al parecer en esta ocasión dice la verdad. Bien, en eso no he salido a él. No soy tonta. O al menos, creo que no soy tonta, pero este año mis notas han sido tan malas como el año pasado, aunque la psicóloga creía que el cambio de colegio me sentaría bien. Esa psicóloga es idiota. ¿Cómo voy a ser más feliz en un instituto en el que soy de las pequeñas, cuando ya era de las mayores del colegio? Papá cree que es cuestión de esperar: cuestión de la edad, insiste. Mamá se desespera cuando traigo las notas, o cuando la llaman del colegio. Me grita, me zarandea. Cuando la veo así, desquiciada y tan nerviosa, yo también grito, y a veces le he devuelto los golpes.

La que de verdad paga estos arrebatos de mamá es Tania. A Tania le pega mamá y le pego yo, también. No se defiende nunca. Mete la cabeza entre los brazos, y se convierte en un ovillo. Es una estúpida, una cobarde. Cuando dije que se había roto la muñeca porque se cayó de la bicicleta, no dijo nada, y mamá lo creyó. Que aprenda.

No soy una mala hermana, de todas maneras. En el patio del colegio, cuando se metían con Tania, yo era quien la sacaba de los apuros. Por defender a Tania aprendí a dar los puñetazos en la tripa que son mi especialidad, los que dejan sin respiración por unos segundos durante los cuales parece que te vas a morir. Cuando no llegan los puños, uso los pies. Todo tiene su lado negativo. Si usas los puños, te duele más, y puedes desollarte la piel de los nudillos, pero no dejas marcas en el otro. Con los pies, sobre todo si calzo los botines azules, puedo atacar a un rinoceronte, pero la otra chica termina con un reguero de moratones casi negros, demasiado vistosos.

Quedan las uñas, pero a mí me da algo de miedo usarlas. Con las uñas es muy posible hacer sangre, o incluso que en mitad de la pelea se te desprendan de la carne. No sé por qué, yo me siento más cómoda golpeando que arañando.

Yolanda no opina como yo. Ella diferencia entre pelear como una señora y como una verdulera. Las señoras dan bofetadas, clavan uñas, tiran del pelo, muerden. Causan heridas más superficiales, pero muy dolorosas y visibles. Pese a lo mucho que me respeta, opina que yo tiendo más a ser una verdulera. No digo que no. Me ciego, y arremeto contra quien sea. A Carmen le dan igual estos matices: ella es, por lo general, la que elige quién nos cae mal. Quién se está pasando de la raya, por chulita o por boba.

Pero a Susana la elegí yo. No quisiera apropiarme de todo el mérito: hacía ya tiempo que le habíamos echado el ojo. Carmen la vigilaba, y, por suerte para ella, no tenía mucho éxito entre los chicos. A mí nunca me pareció guapa, y al parecer, a ellos tampoco. Tenía una amiga, casi tan insignificante como ella; se paseaban con las carpetas pegadas al pecho, sus risitas, y sus tonterías. Como crías de la edad de mi hermana. Me caía mal, me caía bien. Dependía de la ocasión. Además, mientras yo estuve ocupada con David, no tuve cabeza para nada más.

Su perro era un labrador de color chocolate, un precioso labrador con los ojos verdes, tranquilos, y aspecto de no haber roto un plato en su vida. Lo vi por primera vez cuando aún era un cachorro y la madre de Susana intentaba contenerlo para que no corriera hacia ella a la salida del colegio. Me quedé con la boca abierta. Nunca había visto un perrito tan adorable, como un peluche real, como los regalos de consolación que nos traíamos de los parques de atracciones. El perrito fue creciendo y perdió parte de su aspecto algodonoso, pero se convirtió en un animal suave y fuerte, como si las patitas de alambre de Susana necesitaran la protección de un amigo discreto.

Yo recuerdo aquellos días como los más felices de mi vida. Papá fue de nuevo a la terapia, bebía menos (él decía que lo había dejado por completo, pero yo conocía sus escondites y sé que, simplemente, bebía menos, lo que era ya todo un avance), y mamá, absorta en él, no se ocupaba de comprobar si era yo la que conducía a Tania de la mano hasta casa, o si me desentendía de ella y me quedaba con mis amigas en la calle, charlando de nuestras cosas. David y yo salíamos juntos de manera oficial, y yo crecí siete centímetros en un solo año.

Creo que entonces comenzaron los problemas. De pronto me hinché, aumenté tanto de tamaño que la ropa dejó de servirme. David comenzó a parecer muy bajito a mi lado. Ni siquiera le estaba saliendo el bigote, y mientras tanto yo no dejaba de crecer. Una mañana, en el patio, no se acercó a mí. Yo le esperé a la salida, y él pasó ante mí con la cabeza baja, fingiendo que no me conocía. Carmen, que estaba a mi lado, me cogió del brazo.

—No le hagas caso. Ya se le pasará.

Pero me mentía. Sabíamos lo que ocurría cuando un chico reaccionaba así ante su novia. Todo se había acabado. David no me miraría de nuevo, no me cogería de la

mano, no se sentaría conmigo nunca más. Las razones de los abandonos de los chicos resultaban siempre misteriosas. Se habría aburrido, o le gustaría otra, o sus padres le habrían puesto un profesor particular. Llegué a mi casa y lloré toda la tarde, hasta que llegó mi madre del trabajo, y me preguntó qué hacía en mi cuarto, a oscuras, y si Tania había merendado. Mi hermana era la única que le preocupaba; si yo desapareciera, ni siquiera se darían cuenta. Esa noche le hice tanto daño a Tania que comenzó de nuevo a mojar la cama.

Susana se cruzó conmigo cuando no debía.

No es una disculpa; pero si no se me hubiera quedado mirando de esa manera, nada de esto habría ocurrido. Ella debería haber sabido ya quién soy yo, y cómo reacciono cuando me enfado. Todos lo sabían. Susana, no. Susana, en su mundo protegido con mamá que aún venía a buscarla con su perro, y con la que se iba a pasear al parque, con su amiguita insoportable, y con sus aprobados en todo, comenzó a aparecer a todas horas. Si yo me acercaba al baño, allí estaba ella. Si salía a estirar las piernas entre clase y clase, allí me encontraba con la mirada de Susana, llena de desprecio. O, lo que era peor, de algo similar a la lástima. O a la sorpresa.

Recuerdo su reacción la primera vez que la llamé payaso. No era decir mucho, luego le dediqué insultos mucho más fuertes, algunos tan sucios que yo misma me sorprendía al escuchármelos decir; Yolanda era de la idea de que el insulto entraba dentro de las peleas de señoras, de manera que se aplicó a fondo. Susana no contestaba. Se escabullía, con los hombros encogidos y pegada a las paredes del pasillo. Unos metros más allá, me la encontraba de nuevo.

Me sentí perseguida. Acosada. Tenía la impresión de que Susana me espiaba, que conocía mis secretos. Ni siquiera sabía si se lo estaba contando a sus padres o no. Quizás aguardara a que yo bajase la guardia para denunciarme.

En las hojas de las plantas de mamá comenzaron a aparecer grandes círculos amarillos, como si la helada las hubiera secado. Ella creía que se debía a un virus. La palmera, su palmera tan adorada, comenzó a languidecer hasta que se secó. Mamá la cortó en trozos, como a una serpiente muerta, y la bajó a la calle en bolsas de basura. En el rincón quedó un hueco enorme. Nunca habría sospechado que aquella planta ocupara tanto espacio en nuestra casa. Fui yo, claro está. Comencé a regarlas con lavavajillas y agua; si yo no conseguía mi perro, no veía por qué ella sí podía disfrutar de sus plantas.

El lavavajillas me dio una idea que a Yolanda le pareció el colmo de la sofisticación; era simple, y apenas requería esfuerzo o planes previos. Carmen estuvo de acuerdo. Cogéramos a Susana y le haríamos tragar agua con jabón. Muy diluido; no queríamos matarla, al fin y al cabo. Lo que yo deseaba era que esa mosquita muerta se marchara, que desapareciera del colegio y de la faz de la tierra, por estúpida, por no saber nada,

por no aprender de una vez. Cuando yo era muy pequeña, mi abuela me había lavado una tarde la boca con jabón, como castigo por haber mentido. No recuerdo nada más espantoso en mi vida. Me ahogaba, me quemaba la lengua, me supo la boca a jabón durante horas. Susana aprendería así a no pavonearse, a no meterse conmigo.

La acorralamos en el baño del instituto. El jabón hacía burbujitas cuando Susana lo escupía, mientras ella intentaba liberarse de nosotras. Yo la sujetaba, y Carmen, que siempre ha sido la más fría, le metía con una jeringa el líquido por la boca, con parsimonia. Luego se arrinconó junto a los lavabos, y se echó a llorar. Tenía arcadas, vomitó agua y grumos. Fue asqueroso. Yo no me sentía bien. O quizás sí. No lo sé, sentía mucho miedo, y al mismo tiempo euforia, algo parecido a lo que mi padre explicaba en las terapias. Nunca había probado una gota de alcohol, pero me sentía borracha, avergonzada y poderosa.

Una vez le cortamos un mechón de pelo. Apenas se le notaba, pero bastaba con tijeretear con los dedos delante de ella para que se le cambiara el semblante. Aparte de eso, nunca le pegamos. Empujones, sí, escupitajos, insultos. Pero nunca le pegué.

Una vez me la encontré cerca de mi mochila. Había colgado su cazadora cerca de mi abrigo, y por un momento pensé que podría acercarse y hurgar en el interior, que sus dedos fríos y delgados podrían toquetear mi estuche, o mis cuadernos. Sentí tanto asco que me lancé contra ella y la empujé. En esa ocasión sí me vieron. Una de las profesoras de cuarto, que pasaba por delante de la clase, se asomó.

—¿Qué pasa aquí? —dijo, y las dos nos sobresaltamos.

—Nada —dijo ella.

—Nada —repetí yo.

No le pegué, o al menos no demasiado fuerte, y por eso no acabo de entender qué hago aquí, qué he hecho mal. No he sido yo, ha sido Yolanda. Aquella a la que yo consideraba mi mejor amiga me ha delatado cuando la han interrogado, y ahora esperan que yo haga lo mismo con Carmen. Yo no soy una chivata. Tampoco he querido nunca ser una señora. No sé qué le habrá hecho Yolanda a Susana, pero debe de haber sido muy grave, porque si no, no estaría ante la tutora, la psicóloga y el director. No habrían llamado a mis padres. Puede que la haya arañado, o que le haya hecho daño en un ojo; en las peleas, Yolanda siempre se arroja a los ojos, al pelo, a los puntos más sensibles. Ahora comenzarán a preguntar a todos, y si descubren los moratones que tiene Tania, o el resto de mis compañeros hablan y cuentan lo que hacíamos, ¿qué será de nosotras?

Tengo mucho miedo a ir a la cárcel.

Mamá no me habla. Mira al frente, con los dedos rígidos en torno al bolso y la mirada fija en la psicóloga, como si yo no estuviera sentada a su lado.

Papá, como siempre, no ha aparecido.